

fué un elogio que Montesquieu quiso hacer de Fontenelle; le reconoce por otra parte una excelente cualidad para un hombre tal como él: « Alaba sin pena á los demas. » Montesquieu admiraba realmente en Fontenelle la equidad, la ausencia de envidia y la prudencia; quizá tambien la indiferencia. La conclusion que quiero deducir es que, muy superior en talento y en estilo á Fontenelle, pertenecia á la misma religion moral.

Se han citado mucho estas confesiones memorables de Montesquieu:

« El estudio ha sido para mí el soberano remedio contra los pesares de la vida, no habiendo tenido ninguna pena que una hora de lectura no haya disipado.

» Me despierto por la mañana con una alegría secreta al ver la luz; veo la luz con una especie de transporte y estoy contento para todo el dia. Paso la noche sin despertarme y cuando voy á acostarme siento una pesadez que me impide hacer reflexiones.

» Estoy casi tan á gusto con los tontos como con los discretos... etc. »

Hombre de pensamiento y de estudio, desprendido desde muy jóven de las pasiones que, por otra parte, no le habian arrastrado nunca, vivió en la firmeza de la inteligencia. Muy bueno en particular, de trato sencillo, natural y amable, mereció ser amado tanto como un genio puede serlo; pero aun en lo más humano se le encontraba aquél lado indiferente, una equidad benévola más bien que la ternura del alma.

¿Quién no conoce el hermoso rasgo de su vida, el de Marsella, adonde iba con frecuencia á visitar á su hermana? Quiso dar un paseo por mar fuera del puerto y observó que el jóven que le conducía no tenía la más mínima traza de marinero. Entablando conversacion con él, supo que el jóven no desempeñaba tal oficio sino solamente los domingos y demas dias de fiesta. Al mismo tiempo que remaba, refirióle el muchacho que su padre cogido por un corsario estaba en Tetuan cautivo y que él trataba de reunir lo preciso para rescatarle. Montesquien se enteró minuciosamente de todos los detalles y pocos meses despues el cautivo de los moros estaba libre en Marsella sin saber de dónde le provenia su rescate ni á quién se lo debía. Vertéis lágrimas; ¡cuidado! Admirad, más no lloréis. Uno ó dos años despues, el jóven

marinero de ocasion que sospecha deber el rescate de su padre á aquel desconocido, se lo encuentra en el puerto, se arroja á sus piés con efusion, le suplica que se deje reconocer y que le acompañe á ver á los que ha hecho felices. Montesquieu se escapa bruscamente, lo niega todo y elude sin piedad aquel legítimo reconocimiento. Sólo á su muerte se reveló el beneficio. Paréceme ver en Montesquieu á uno de aquellos dioses bienhechores de la humanidad que no compartian los sentimientos de esta. Así en el *Hipólito* de Eurípides, cuando el jóven héroe va á morir, Diana se aleja insensible aunque parece que le habia amado; pero por muy amiga que sea de los mortales una divinidad antigua, *las lágrimas están prohibidas á sus ojos*. El Hombre-Dios no habia venido.

En este juicio que yo me he permitido sobre la naturaleza moral de Montesquieu, fundado en su definicion de la justicia contenida en las *Cartas persas*, léjos de mí la idea de amenguar la belleza severa y humana de su carácter. Me limito á definirla, á considerar aquella humanidad estoica, en tanto que se distingue de la caridad segun Pascal y Bossuet.

Todas las cuestiones á la órden del dia en tiempo de la Regencia están tocadas en las *Cartas persas*: la disputa de los antiguos y de los modernos, la revocacion del Edicto de Nántes y sus consecuencias, la querrela de la bula *Unigenitus*, etc. El autor sirve en ellas al espíritu del dia infundiendo á la par sus miras propias. El reinado de Luis XIV es vivamente atacado. Su estilo en general es claro, preciso, picante, sutil, agudo, sin carecer por eso de incorrecciones. Sabidas son las ideas de Montesquieu sobre el estilo: « Un hombre que escribe bien no escribe como se escribe sino como él escribe; con frecuencia habla bien hablando mal ». Escribe pues á su modo, elevándose y engrandeciéndose con los asuntos. Gusta de un género de imágenes ó comparaciones pintorescas para aclarar su pensamiento; por ejemplo, queriendo hacerle decir á Rica que el marido de una mujer hermosa, en Francia, cuando es engañado con la suya toma su revancha en las de otros, dice: « El título de marido de una mujer bonita que en Asia se oculta tan cuidadosamente, se lleva aquí sin inquietud. Un príncipe se consuela de la pérdida de una plaza por la conquista de otra: cuando el Turco nos tomaba Bagdad, ¿no le tomábamos al Mogol la fortaleza de Candahar? ».

Exactamente de la manera misma que en el *Espíritu de las Leyes*, mostrando á un utopista inglés que teniendo ante sus ojos la verdadera libertad imagina otra en su libro, exclama : « *ha edificado á Calcedonia teniendo á la vista las playas de Bizancio* ».

Entre las irreverencias y los atrevimientos de las *Cartas*, se deja entrever un espíritu de prudencia en la pluma de Usbek. Tocando todas las cuestiones, Usbek pretende continuar siendo fiel á las leyes de su país y á su religion (contradiccion de la que quizá no se libra Montesquieu) : « Es cierto, dice, que por una rareza, más bien originada de la naturaleza que del espíritu humano, se llega á hacer necesario en ocasiones cambiar algunas leyes ; pero el caso es raro y cuando ocurre se debe hacer *con mano temblorosa*. El mismo Rica, el hombre superficial y ligero, observando que en los tribunales de justicia se dictan las sentencias por mayoría de votos, añade á manera de epigrama : « Pero se dice que está reconocido por la experiencia cuán conveniente sería hacer lo contrario, tomar los votos de la minoría. Y esto es bastante natural, pues hay pocos espíritus justos y conviene todo el mundo en que hay una infinidad de falsos. » — Esto basta para demostrar que el espíritu que dictó las *Cartas persas* no llevará nunca las cosas al extremo por el lado de las reformas y de las revoluciones populares.

Después de haber entrado en las cuestiones que son propiamente de filosofía de la historia, después de extrañar que los franceses ayan abandonado las leyes antiguas hechas por los primeros reyes en las asambleas de la nacion, llegando así á los umbrales de la grande obra que entreveía sin duda, Montesquieu divaga sobre mil asuntos hasta que se cansa y se detiene. Agotado el cuadro y la sátira de las costumbres presentes, aparece en las *Cartas* lo novelesco : Usbek recibe la noticia de que su serrallo aprovechando su ausencia ha hecho su revolucion llevándola á *sangre y fuego*. Es un fin voluptuoso y delirante que para nosotros carece de interes. Toda esta parte sensual es seca y desabrida, indicando que Montesquieu no tenía toda su imaginacion más que en el orden de la observacion histórica y moral.

El Templo de Gnido (1725) es un error de gusto. Montesquieu creyó imitar á los griegos haciendo este pequeño poema en prosa por complacer á una princesa de la sangre de Condé, á la señorita de Clermont.

En aquella fecha tenía Montesquieu treinta y cinco años, y él mismo ha escrito : « Á la edad de treinta y cinco años amaba yo todavía. » Hablando de él, ha dicho el abate de Voisenon que gustaba mucho de las mujeres y que *El Templo de Gnido* le valió muchas conquistas ocultas. Pero los amores de Montesquieu no parece que le turbaran ni enternecieran ni preocuparan nunca con exceso. Para nosotros es más sensual en amor que sentimental. « Yo he sido bastante feliz en mi juventud, dice, para *enredarme* con mujeres que he creído que me amaban ; pero cuando he dejado de creerlo me he *desenredado*, he roto súbitamente » Y añade : « He gustado bastante de decir tonterías á las mujeres y de hacerles servicios que cuestan tan poco ». *El Templo de Gnido* no pasa de ser una de aquellas tonterías ; pero debió costarle algun trabajo.

Cuenta M. Lainé que cuando obtuvo permiso de la familia Secon-dat para examinar los papeles de Montesquieu, encontró en el secreter, que nadie habia abierto desde la muerte del gran escritor, un paquete de borradores de todos sus billetes amorosos. El autor del *Templo de Gnido* trabajaba y aún enmendaba sus billetes de amor ; leyendo el poema se adivina. Pero en Montesquieu, todo lo que es vigor y nervio en las cosas grandes es debilidad en las pequeñas. No le daba por ellas.

Hacia la misma época entró Montesquieu en su via, haciendo en la Academia de Burdeos (Noviembre de 1725) un pequeño discurso en alabanza del Estudio y de las Ciencias. Es un desagravio de las ciencias, cuya utilidad habia puesto en cuestion en un pasaje de las *Cartas persas*, y sostiene de una manera original é ingeniosa que un conocimiento adquirido, un resultado de un orden intelectual, es con frecuencia causa indirecta y lejana de salvacion para la sociedad. Si los mejicanos, por ejemplo, hubieran tenido un Descartes ántes del desembarco de los españoles, Hernan Cortés no los hubiera conquistado, pues el pavor que los españoles les infundieron y la idea de que los extranjeros eran dioses, no era sino « un simple efecto de la ignorancia de un principio de filosofía ». El valor no faltó nunca á los mejicanos ni á los peruanos, « sino solo la esperanza de éxito. Un mal principio de filosofía, la ignorancia de una causa física, destruyó en un momento las fuerzas todas de dos grandes imperios. »

En este breve Discurso habla Montesquieu magníficamente del estudio y de los motivos que deben impulsarnos á emprenderlo : « El primero es la satisfaccion interior que se experimenta cuando uno ve aumentar la excelencia de su ser, cuando se hace más inteligente á un ser inteligente ». Otro motivo, y Montesquieu no lo iba á buscar léjos de sí, es, decia Montesquieu, nuestra propia felicidad. « El amor al estudio es casi nuestra única pasion eterna ; todas las demas nos abandonan á medida que esta miserable máquina que nos las da se va acercando á su ruina... Conviene hacerse una felicidad que nos siga en todas las edades : la vida es tan corta, que no debemos contar por nada las dichas que duran ménos que nosotros. » Por último, da otro móvil que le impulsaba á él mismo, la utilidad del público y del mundo : « ¿ No es un bello designio el de trabajar por hacer á los hombres que nos sucedan más dichosos de lo que nosotros hemos sido ? » Montesquieu, por rectitud de corazon y por direccion de inteligencia, era naturalmente ciudadano de aquella raza de los Vauban, de los Catinat, de los Turena, de los L'Hopital, de los que quieren sinceramente el honor de la patria y el bien de la humanidad : « Siempre he sentido una alegria secreta cuando se ha hecho algo por el bien comun. »

Las *Cartas persas* le habian colocado, de buena ó mala gana, entre los literatos ; esto tenía tantas ventajas para su reputacion como inconvenientes para su carrera. Un impulso poderoso le llevaba para siempre á llenar su destino de escritor. Se desprendió de sus lazos, vendió su destino, fué recibido en 1726 en la Academia francesa, de la que se habia burlado como todo el mundo ántes de entrar en ella. En 1728 emprendió la serie de sus viajes comenzando por Alemania y Hungría ; en Viena vió con asiduidad al príncipe Eugenio ; visitó Venecia, Roma, Turin ; volvió por Suiza, los bordes del Rhin y Holanda, acabando sus observaciones por Inglaterra (Octubre de 1729). En este país tuvo por introductor á lord Chesterfield, un guía bien ilustrado ; lo vió todo y lo vió bien. Ántes de llegar, viajando por el continente con un inglés (lord Waldegrave), decia ya « que no habia más gentes de verdadero buen sentido que las que habian nacido en Inglaterra ». Se han publicado algunas *Notas* de su Diario de Viaje que se refieren á su estancia en Lóndres. Hace notar que, en su tiempo, los embajadores ó ministros extranjeros no conocian á Inglaterra mejor que un niño de

seis meses ; la libertad de la prensa los desorientaba : « Como se ve al mismo diablo en los papeles públicos, se cree que el pueblo se va á sublevar mañana ; es preciso acostumbrarse á la idea de que en Inglaterra como en todas partes el pueblo está descontento de los ministros, y el pueblo es el que escribe en los papeles periódicos lo que se piensa en otra parte. » Montesquieu aprecia esta libertad que cada cual desea y de la que sabe gozar : « Un obrero que trabajaba en el tejado se hacia llevar la gaceta para leerla allí. » Pero no se hace placenteras ilusiones sobre el verdadero estado de las instituciones y en general del país ; juzga con acierto de la corrupcion de las costumbres políticas, de la venalidad de las conciencias y los votos, del lado positivo y calculador, del miedo de ser burlado que lleva al duro egoísmo. Parece no estar distante él mismo de creer en una revolucion próxima ; pero no se sabe cómo las costumbres políticas muy rebajadas en tiempo de Roberto Walpole, se elevaron patrióticamente con Chatham. Si Montesquieu ve el mal, tambien conoce las ventajas que lo compensan, lo que expresa así : « Inglaterra es al presente el país más libre del mundo, sin exceptuar á ninguna república... Aunque un hombre, en Inglaterra, tenga tantos enemigos como pelos en la cabeza, no le sucederá por eso nada ; lo cual es mucho, pues la salud del alma es tan necesaria como la del cuerpo. »

Una ojeada de adivinacion brilla como un relámpago en la siguiente frase en que predice la emancipacion de la América inglesa : « Yo no sé lo que sucederá con tantos habitantes como de Europa y África se envían á las Indias occidentales ; pero creo que si alguna nacion es abandonada por sus colonias, esto empezará por la nacion inglesa. »

Lo confieso con la mayor humildad, aunque perjudique á mi sentimiento del ideal : si pudiéramos tener completo el Diario de Viaje de Montesquieu con sus *Notas* sencillas, naturales, espontáneas, lo leeria con más placer y lo creeria más útil que el *Espíritu de las Leyes*.

En efecto, en la obra magna de Montesquieu, entra por mucho el artista ; dice allí bastantes cosas que están sujetas á duda. El autor artista está allí delante de su tema ; quiere una ley y la busca ; en ocasiones la crea. En medio de los textos y notas que acumula ante

sí y que le agobian á veces, se levanta y toma su partido ; hace brotar su pensamiento ; abre audazmente su perspectiva y la modela á su antojo. Él es quien ha dicho en la soledad del gabinete : « Las historias son hechos falsos compuestos sobre hechos verdaderos ó con motivo de los verdaderos. »

¿ Y no es él tambien quien ha dicho que « en la historia se encuentra á los hombres embellecidos y no como se les ve ? » — ¿ Qué importa eso cuando sólo se busca el genio de la historia ? En ella los hombres sólo se ven de léjos.

He hablado hace poco de lo útil : Montesquieu juntaba á lo útil una idea de lo bello. Tenía en sí un divino ejemplar : elevó un templo y á él corrió la multitud. ¿ Pero no introdujo algunos ídolos ?

Dejemos las censuras y aceptemos con respeto aquella forma soberana y única que es la suya propia, aquella forma neta de un espíritu elevado conservando la señal de un molde que, con los bellos accidentes que lo caracterizan, no se ha encontrado más que una sola vez.

De vuelta á Francia, retiróse Montesquieu á su castillo de Brède, léjos de las agitaciones de París, á fin de recogerse y ordenar sus pensamientos. Allí estuvo dos años entre árboles y libros. Estaba impregnado de Inglaterra cuando volvió á Francia, y debió rechazar ó aplazar la idea que le tentaba de dar á la estampa un libro acerca de un gobierno tan original y tan poco semejante al nuestro. Dió la preferencia á sus *CONSIDERACIONES SOBRE LAS CAUSAS DE LA GRANDEZA DE LOS ROMANOS Y DE SU DECADENCIA* (1734), consideraciones que constituyen la más clásica y perfecta de sus obras.

II

Las obras de Montesquieu casi no son más que el resumen filosófico y la repetición ideal de sus lecturas. Nadie razona mejor que él acerca de la historia, cuando ha cerrado el libro en que la estudia. Expresa el pensamiento con orden, encadenamiento y claridad, siendo

lo mejor de su discurso la manera espontánea con que brota. Montesquieu avanza con paso firme por una serie de reflexiones concisas en las que hay grandeza ; su laconismo tiene mucho alcance.

Su manera de ver y de decir se aplica maravillosamente á los Romanos. Para juzgar el libro de las *Consideraciones* que les ha consagrado, conviene examinar todo lo dicho sobre el mismo asunto y ántes que él, para dar á Maquiavelo, á Saint-Évremond, á Saint-Réal lo que les corresponde. En cuanto á la forma, el discurso histórico de Montesquieu recuerda el discurso de Bossuet.

La índole del espíritu de Montesquieu es tan inclinada á razonar sobre historia, que lo hace donde no há lugar y donde la base es insuficiente : tal sucede en los comienzos de Roma. Sería preciso saber si los historiadores dicen la verdad ántes de hacer reflexiones sobre lo que dicen. Falta una crítica sobre los textos y sobre las tradiciones semifabulosas. Montesquieu no la hace. De que Rómulo, segun se dice, tomó el escudo de los sabinos, que era ancho, en lugar del pequeño que habia usado hasta entónces, deduce Montesquieu cierta costumbre y cierta política de los Romanos que consiste en adoptar sucesivamente lo mejor de los vencidos.

Á partir de Annibal y de las guerras púnicas el pensamiento de Montesquieu encuentra amplia materia y se despliega en toda libertad. El capítulo VI sobre la política de los Romanos y sobre su conducta en la sumision de pueblos, es una obra maestra en la que se combinan la prudencia y la majestad ; empieza allí la gran manera para no cesar ni interrumpirse. Al hablar de los Romanos, la lengua de Montesquieu se asemeja á la latina ; tiene un carácter de concision y firmeza que recuerda la lengua de Tácito ó de Salustio. Montesquieu da á los términos su acepción más propia, como cuando nos dice que los ejércitos *consternaban* todo. Sobresale en el arte de purificar las expresiones dándoles toda su fuerza primitiva, lo que le permite un estilo corto, vigoroso y al mismo tiempo sencillo. Tambien dice : « Nada sirvió tanto á Roma como el respeto que impuso. Redujo á los reyes al silencio y los hizo como *estúpidos*. » La palabra *estúpidos* está aqui empleada en su sentido latino y primitivo para significar el estupor físico. Y dice tambien : « Reyes que vivian en las delicias y el fausto no osaban dirigir *miradas fijas*

al pueblo romano. » Podría multiplicar estas observaciones, demostrando que Montesquieu afecta dar á muchas expresiones su sentido exacto y que dobla su efecto aplicándolas á grandes cosas. Para indicar que los guerreros á medida que se alejaban de Roma sentían debilitarse en ellos el espíritu de ciudadanos, dice : « Los soldados empezaron á no reconocer más que á su general, á fundar en él todas sus esperanzas y á *ver de más léjos la ciudad*. La ciudad por excelencia, *Urbs*, es Roma ; no se puede decir nada más fuerte con una apariencia más sencilla. Si dijéramos que Montesquieu no lo hacía deliberadamente no se nos creería. En esto es inferior como escritor á Bossuet, pues tiene una *manera*, una premeditación constante. En Bossuet la elocuencia es natural, irresistible, vertiendo á borbotones sus audacias y sus negligencias ; en Montesquieu hay estudio, combinación, esfuerzo como en Salustio para alcanzar una propiedad expresiva de términos y una memorable concisión, ó como en Tácito, para hacer la imágen á la par breve y magnífica, imprimiendo á su dicción un no sé qué de *augusto*.

Lo consigue en todo este volúmen y, sin salir de su órden de consideraciones, tiene á cada instante expresiones á lo Bossuet y á lo Corneille. Para mostrar la habilidad de los Romanos en aislar á los reyes á quienes pretenden abatir, quitarles sus aliados y hacerse amigos en torno del enemigo potente, dice : « Parece que sólo conquistan para dar ; pero son de tal manera los dueños, que cuando hacen la guerra á cualquier príncipe lo agobian, por decirlo así, con el peso de todo el universo. »

Nadie ha penetrado mejor que Montesquieu en el ideal del genio romano ; es por inclinación favorable al Senado y algo patricio de la antigua República. Es digno de notarse que él, habiendo hablado tan admirablemente de Alejandro, de Carlomagno, de Trajano y de Marco Aurelio, sea ménos generoso con relación á César. No le perdona el haber sido instrumento poderoso de la transformación del mundo romano. Montesquieu (excepto en las *Cartas persas*) ha tenido siempre buenas palabras para el cristianismo, identificándose con sus beneficios en todo lo que es humano y civilizador ; pero no oculta su predilección por la naturaleza romana pura, estoica y anterior á la influencia cristiana. Los suicidios de Catón y de Bruto le inspiran

reflexiones en las que hay tal vez idolatría clásica : « Es cierto, exclama, que los hombres se han hecho ménos libres, ménos animosos, ménos capaces de las grandes empresas que cuando, por el poder que tenían sobre sí mismos, escapaban á todo otro poder. » Y lo repite en el *Espíritu de las Leyes* á propósito de lo que se llamaba *virtud* de los antiguos : « Cuando esta estaba en toda su fuerza se realizaban cosas que hoy ya no se ven y que sorprenden á nuestras mezquinas almas. »

Montesquieu ha adivinado muchas cosas antiguas ó modernas y de las que en su tiempo ménos había visto, ya referentes á los gobiernos libres, ya á las guerras civiles, ya á los gobiernos imperiales. Se podría hacer un extracto muy notable de las predicciones ó alusiones que sus obras contienen. Pero en medio de todo lo que Montesquieu ha adivinado y previsto, se echa de ver que le faltó una cosa para ser enteramente él mismo, para completar la educación de su genio : le faltó haber visto una revolución. Él no creía posibles ya en estos tiempos las proscripciones en masa ni las expoliaciones : « Debemos á la medianía de nuestras fortunas, exclamaba, el que sean más seguras ; no valemos la pena de que nos despojen. » Montesquieu no sospechaba que en una fecha próxima el clero en masa sería despojado, la nobleza lo sería en gran parte y las primeras cabezas del Parlamento caerían en el cadalso : un 1793 no se adivina.

Á la par de Montesquieu he querido leer á Maquiavelo ; en este se halla si no la refutación á lo ménos la corrección de aquel, una verdadera corrección. Con Maquiavelo se está siempre cercano de la corrupción y la concupiscencia ; Maquiavelo desconfía y Montesquieu no. Maquiavelo es quien ha dicho que hay siempre oculta en los hombres una disposición viciosa esperando una ocasión de salir, y que para reprimirla son necesarias las leyes civiles armadas de la fuerza. Los hombres, según él, no hacen el bien sino cuando no pueden evitarlo : « Pero dueños de la elección y en libertad de cometer el mal impunemente, no dejan nunca de llevar á todas partes la confusión y el desórden. » Maquiavelo está muy persuadido de que si los hombres aparentan cambiar cuando cambian los regímenes, en el fondo no cambian jamás y de que si se reproducen ciertas ocasiones se les encuentra los mismos. Montesquieu no está

bastante convencido de esta verdad. Al empezar su *Epíritu de las Leyes* llega á decir que los primeros hombres, supuestos salvajes y puramente naturales, son ante todo tímidos y necesitan la paz. Como si las concupiscencias físicas, la necesidad y el hambre, el sentimiento ciego de su fuerza que posee toda juventud y el « afán de la dominación innato en el corazón humano » no debieran engendrar desde el principio los choques y las guerras. Esta crítica es fundamental y alcanza en mi sentir á todo el *Espíritu de las Leyes*. Montesquieu concede demasiado, no sólo exteriormente sino en secreto y en el fondo de su pensamiento, al *decorum* de la naturaleza humana. Este defecto de Montesquieu es altamente honroso pero no es ménos real. Admirable comentarista y ordenador del pasado y de las cosas de poca trascendencia, puede inducir en error á los que lo tomen como autoridad en cuanto al porvenir. Habiendo nacido bajo un gobierno dulce, viviendo en una sociedad ilustrada que casi había perdido el recuerdo de las facciones y en la que el despotismo que las había reprimido ó había dejado de ser ó era muy poco sensible, amoldó la humanidad á su deseo, olvidando lo que había sabido, lo que habían tenido que hacer Richelieu y Luis XIV. Hubiera necesitado, lo repito, presenciar una revolución (aunque no fuera más que una Fronda como la que vió Pascal), para tener idea de la realidad humana, idea que se encubre fácilmente en los tiempos tranquilos y civilizados.

Maquiavelo, por el contrario (no debemos olvidarlo al comparar los dos genios), vivía en una época y en un país en que había diariamente para los individuos y para las ciudades más de treinta modos de ser destruidos y de perecer. En tal estado social es natural que se viva prevenido y se adquiriera una prudencia suma.

Pero vuelvo al libro de las *Consideraciones* del que me había apartado.

Estudiando Montesquieu á los antiguos romanos de la resistencia y al que pasó el primero el Rubicon, no comprende á César en el mismo grado que á los demás grandes hombres; no le sigue sino con pesar. De tal modo ha vivido Montesquieu entre los Romanos con el pensamiento, que tiene acerca de ellos una impresión directa, personal, que se produce á veces de una manera ingenua. Hablando del triun-

viro Lépido sacrificado por Octavio, « se queda satisfecho, dice, al ver la humillación de este Lépido, que era el ciudadano más perverso de la República... » *Se queda satisfecho... queda uno á gusto...* Al escribir espontáneamente estas y otras expresiones familiares, revela Montesquieu su intimidad con estos grandes asuntos; hay en estos capítulos algo de lo brusco é imprevisto de su conversación. Así dice sobre Alejandro: « Hablemos en todo con franqueza. » Y dice también: « Ruego que se preste un poco de atención... » etc. Se me figura contemplar los gestos de un hombre vivo que, poseído de su asunto, no quiere que se le quede nada en el tintero y coge por el brazo al que le escucha. Tal era Montesquieu.

En ocasiones el gesto es más noble, ménos familiar; aparece el orador: « Aquí es donde podemos darnos el espectáculo de las cosas humanas... » Y enumera en un movimiento digno de Bossuet la obra del pueblo romano y del Senado, tantas guerras emprendidas, tanta sangre derramada, tantos triunfos, tanta prudencia y valor, todo para llegar « á satisfacer la dicha de cinco ó seis monstruos. » Este pasaje es Bossuet puro.

Hay sin embargo un punto capital en que Montesquieu se separa de Bossuet. Los dos creen que existe un consejo soberano de las humanas cosas; pero Bossuet pone este consejo en Dios y en la Providencia y Montesquieu lo pone en otra parte: « No es la fortuna, dice, quien domina el mundo; que se le pregunte á los Romanos, quienes tuvieron una serie continua de prosperidades cuando se gobernaron siguiendo cierto plan y una serie no interrumpida de reveses cuando se condujeron según otro. Hay causas generales, ya morales ya físicas, que obran en cada monarquía, la elevan, la mantienen ó la precipitan; todos los accidentes se hallan sometidos á estas causas y si el azar de una batalla, es decir, una causa particular ha perdido á un Estado, había una causa general que hacía que este Estado debiera perecer en una sola batalla. En una palabra, la corriente general arrastra consigo los particulares accidentes. »

En estas frases está encerrada toda la filosofía de la historia de Montesquieu, y es justo convenir en que con respecto á los Romanos, vistas las cosas a posteriori, parece tener razón. Los Romanos, en efecto, se prestan maravillosamente á la aplicación de este sistema tan enca-